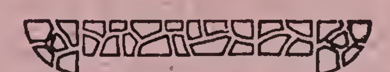
F. Ampudia Sánchez.

El Pozo Amargo

Drama trágico.

en tres actos, en prosa; inspirado en la leyenda de igual nombre.

PRIMERA EDICIÓN



TOLEDO-1921

EST. TIPOGRÁFICO DE SUCESOR DE J. PELÁEZ

LUCIO, 8 Y 10, TELÉFONO 32

El Pozo Amargo

Drama trágico

en tres actos, en prosa;
inspirado en la leyenda toledana de igual nombre.

Escrito por

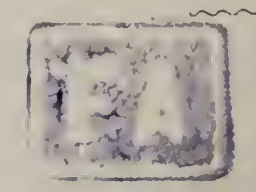
D. Francisco Ampudia y Sánchez.



PRIMERA EDICION



TOLEDO
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE SUCESOR DE J. PELÁEZ
Lucio, 8 y 10, teléfono 32
1921



*A los ilustres actores, príncipes de la escena española
temporánea,*

María Guerrero

y

Fernando Díaz de Mendoza

nenaje de fervorosa admiración,

Francisco Ampudia.

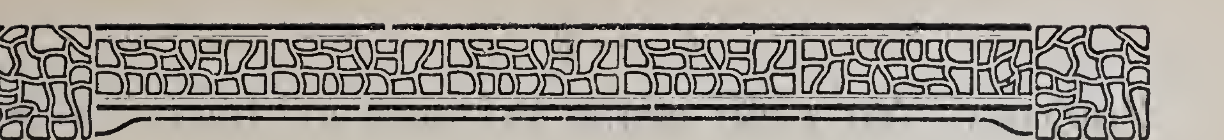
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
QUEL......................	
RTA	
RAIDA	
VÍ	
BÉN	
ARDO....	
É.........................	
AEL......................	

Una criada y dos criados que no hablan.

La acción en Toledo, én el siglo X.

Derecha e izquierda, las del actor.



Acto primero.

[H]abitación decente con muebles al estilo de aquella época. Puerta al fondo y a la derecha. A la izquierda, del centro, un ventanal en forma de ajimez por donde se ve el ramaje de los árboles de un jardín. En la pared de la izquierda, arrimada a ella y por bajo de un ajimez figurado, una mesa de nogal de forma rectangular; sobre ella, salvadera y tintero antiguo con plumas de ave. Delante de la mesa, y colocada frente al espectador, una poltrona. Otros muebles adecuados a la época y sillas dan carácter a la escena.

La acción por la mañana y en el mes de mayo.

ESCENA PRIMERA

ZORAIDA y después JOSÉ

[Z]oraida con traje de mora y limpiando, con un paño blanco, el polvo de los muebles. José con traje de judío.

[Z]ORAIDA. Vaya todo por Alá. ¡Qué odio más encarnizado se tienen! No ceden unos ni otros. Cada día más tozudos.

[J]OSÉ..... *Entrando por el centro.* ¡Hola, Zoraida!

[Z]ORAIDA. ¡Hola, José! Qué mala cara tienes, estás ojeroso.

[J]OSÉ..... La noche la he pasado un poco indispuesto y no he dormido. Esto debe de ser la causa. Dí a Marta que estoy aquí.

ZORAIDA. No está; acaba de salir en busca de mi señora.

JOSÉ..... No la hallará. Está con su padre en la habitación de éste. Ya hace rato entraron los dos.

ZORAIDA. ¿Qué hacen?

JOSÉ..... No lo sé; cerraron la puerta.

ZORAIDA. Si me dices el motivo de tu venida se lo diré cuando venga.

JOSÉ..... No corre prisa alguna. Lo que es, lo mismo dá que lo sepa ahora que luego, no tiene importancia. Cuando el señor venga por aquí, como tiene por costumbre todos los días, a pasar la última hora de la mañana con su hija, hasta la hora de comer, entonces es ocasión de verla en el corredor y hablaré con ella.

ZORAIDA. Como quieras, José.

JOSÉ..... Aparte. Esta debe saber algo. A Zoraida. ¿Qué novedades corren por el Zoco?

ZORAIDA. Se comenta mucho una escaramuza que hubo anoche, José. Por lo que he oído, los de tu raza salieron mal de ella, tuvieron varios muertos y heridos. Mala madrugada ha sido para vosotros la del día 22 de mayo.

JOSÉ..... Disimulando. Esta es la primera noticia que tengo.

ZORAIDA. Tan excitados estaban los ánimos, que temiendo ocurriera algo grave en el Zoco, hice mis compras todo lo antes posible. Compradores y mercaderes no hablaban

de otro asunto sino del suceso. Los tuyos mostraban mucha indignación.

OSÉ..... Aparte. Con razón. ¡Traidores!.... No ha tardado el hecho en hacerse público. A Zoraida y disponiéndose a salir. Tal vez vea a Marta por el corredor cuando regrese.

ORÁIDA . Espera un momento.

OSÉ..... No puedo esperar más; estoy intranquilo por si me llama el señor; ya sabes que quiere ser al punto obedecido, y si me llama y no estoy, se va a incomodar.

ORAIDA . Yo, a pesar de tener tan mal genio el señor, le quiero mucho.

OSÉ..... No haces más que cumplir un deber. Él te acogió de muy niña al morir los que te dieron el ser; ésto no lo debes olvidar ni dejar de agradecerlo.

ORAIDA . No lo olvido nunca, José. ¿Qué hubiera sido de mí si no me hubiera traído con ellos, sin padre, sin madre, ni hermanos ni parientes? Mi padre era el moro de más confianza del señor. En premio a sus buenos servicios, me recogió al quedar sola en la tierra. El Profeta le dará la recompensa.

OSÉ..... A pesar de su carácter severo, yo también le tengo cariño; pues soy su siervo desde que contaba diez años. He sufrido mucho con él y lo que me queda. No obstante, le tengo afecto. Hasta luego. Me marcho, Zoraida. Sale por el centro.

ORAIDA . Hasta luego, José.

ESCENA II

ZORAIDA y después MARTA

Zoraida sigue limpiando los muebles de cuando en cuando
Marta con traje de judía.

ZORAIDA . ¡Qué bueno y qué servicial es este José
El señor le quiere mucho; es el criado d
su confianza y nadie sabe llevarle el geni
mejor que él; no debía reñirle como l
riñe; no se lo merece el pobre.

MARTA... Entrando por la puerta de la derecha. No encuentro
Raquel por ninguna parte. En el jardí
tampoco está.

ZORAIDA . Está con su padre; me lo acaba de parti
cipar José, que ha venido en busca tuy
y hace un momento que ha salido d
aquí.

MARTA... No sé para qué me querrá.

ZORAIDA . No me ha dicho el motivo de su venida.

MARTA... Yo haré por verle luego. Lo que siento e
el no haber visto a Raquel para entrega
la el pergamino.

ZORAIDA . Veo que sigue tu preocupación.

MARTA... No la puedo desechar, Zoraida.

ZORAIDA . No te preocupes tanto, Marta. Yo teng
confianza en Alá y todo se arreglará. N
augures tanto mal.

MARTA... Si Raquel se hubiera enamorado de u
judío, nada temería por ella. La quier
mucho. Me encargué de ella a los tres día

de nacer, la he criado y para mí es como una hija propia; no ha conocido más madre que a mí. Todos sus pesares me los confía.

ZORAIDA. Ya lo sé. De mi cariño no ha dudado nunca. Desde su infancia soy su fiel esclava; sus juegos infantiles los ha compartido conmigo y he merecido su confianza. Yo también la quiero mucho.

MARTA... No hace muchos días, paseando por el jardín, Raquel se detuvo, silenciosa, junto al estanque. Se reclinó sobre él, y con las manos puestas sobre sus mejillas seguía, con su mirada triste, las rápidas evoluciones de los pececillos que jugueteaban por aquel agua que brillaba semejante a un espejo y que me dejaba ver su rostro. Yo la observaba, a corta distancia, procurando no interrumpir su pensamiento.

ZORAIDA. Cuál sería el que por su mente pasara.

MARTA... Después de larga meditación suspiró tristemente y dos lágrimas silenciosas humedecieron sus hermosos ojos. Se dirigió hacia mí, y echándome al cuello sus brazos exhaló un ardiente suspiro y exclamó con un acento de infinita ternura: "¡Ay, Marta! No puedo soportar por más tiempo la pasión que arde en mi pecho. Ese cristiano ha despertado en mi corazón un amor eterno. Al poderoso Alá pido que el pecho de ese hermoso cristiano sea el nido de mi alma. Temo, Marta, que alguna

bella cristiana me dispute su amor,,. Amargos sollozos salían de su pecho mezclados con lágrimas.

ZORAIDA. A lo mejor, estos amores no llegan a su fin. Quién sabe si ese cristiano se enamorará de una de su raza.

MARTA... Ella le ama con delirio, con amor puro, con una pasión profunda; y él, al parecer, está loco por ella.

ZORAIDA. Bien lo puede estar; es la judía más hermosa que hay en Toledo. Si ellos se quieren, que se casen y asunto concluído.

MARTA... Eso es muy difícil, por no decir imposible. Bien sabes la rivalidad que existe entre judíos y cristianos.

ZORAIDA. Ya, ya; cada vez más sangrienta; se tienen un odio mortal. Las escenas de sangre y de violencia que a cada instante estamos oyendo, destrozan el corazón. La de anoche fué atroz. ¡Qué lucha más cruel!....

MARTA... Pues debido a eso temo que lo sepa su padre, y por lo tanto, se oponga a estos amores, como es natural.

ZORAIDA. El cariño que por ella siente su padre es inmenso y tal vez no quiera quitarla su gusto; pues accede a todos sus caprichos.

MARTA... Mucho la quiere, es verdad, pero consentir él casar a su hija única con un cristiano, eso es imposible; ese gusto no la da.

ZORAIDA. Pues yo dudo que, si llega el caso, la diga que no.

MARTA... Ni la dirá que sí ni que no. Le conozco

muy bien, y le he oído decir en una ocasión, hablando con el viejo Rubén, sobre el porvenir de ella: "¡Mi hija no se casará con ningún cristiano, ni consentiré que se burlen de ella mientras yo viva!,, Lo juró.

ZORAIDA. ¿Tú eres partidaria de esos amores con el cristiano?

MARTA... No; yo estoy por los de mi raza; pero es tanto lo que la quiero, que no me opongo a su gusto, por más que lo siento.

ZORAIDA. Pues su padre no la había de matar.

MARTA... Eso nunca; se mataría él antes que quitar la vida a su hija. Lo que yo temo son las medidas que tomará si llega a enterarse; han de ser muy severas. Se sienta en la poltrona.

ZORAIDA. ¿Recaerían en el criatiano?

MARTA... Sí; pero todo el mal que a él hiciera traería malas consecuencias para su hija; nada diría a ella ni a nosotras.

ZORAIDA. Tal vez la medida que tomara fuera trasladarnos de aquí.

MARTA... Eso no resolvería nada. El cristiano iría donde nosotras fuéramos; es valiente, rico y nada le arredra.

ZORAIDA. No pensar tanto sobre el asunto. El Profeta los protegerá si tanto se quieren.

MARTA... Jehová lo quiera, Zoraida. Lo que presumo es que el viejo Rubén debe haberse apercibido de algo. Hace tres días le veo muy observador en su azotea, mirando mucho a la calle y al jardín. Me vió bajar la escalera del jardín y se escondió como

para que yo no le viera. Esto me movió la curiosidad a observar anoche desde la ventana del ajimez que dá a la calle, y le ví en el mismo sitio. Él no me vió.

ZORAIDA. Esa es una preocupación. Tal vez estuviera observando a algún transeunte por distracción.

MARTA... Tal vez; pero eso de no querer ser visto, es lo que me ha infundido sospechas. Es tan astuto como reservado.

ZORAIDA. El amigo de confianza del señor.

MARTA... El de más confianza y el único que tiene. Se quieren como hermanos. Lo que tratan no lo sabe nadie.

ZORAIDA. Bien, Marta; nosotras ayudemos a Raquel todo lo que podamos y Dios quiera que llegue pronto la paz entre unos y otros; entonces nada había que temer por ella.

MARTA... Nada podíamos temer tampoco si su padre no tuviera ese carácter altivo e independiente para todos. Ya ves cómo vive, separado de todo el mundo, aislado. Si fuera tratable, hubiera sido el mejor mirado y el más considerado de entre los reyes y nobles cristianos, los cuales acuden a él en demanda de oro. Es el más rico de la población y de toda esta comarca. A pesar de su modo de ser, ya ves que le consideran.

ZORAIDA. Es creyente en su religión.

MARTA... Creyente hasta el fanatismo en la ley de Moisés. Ese carácter duro, esa indomable

energía, tienen, sin embargo, su punto débil. Raquel le domina, Raquel es el único anhelo de su alma. Criada sin madre, a quien perdió al nacer, su padre ha estado a su cuidado desde niña; no conoce más amor que el suyo.

ZORAIDA. Y ella el de él.

MARTA... Pero el del cristiano parece que establece rivalidades con el de su padre.

ZORAIDA. ¿Y si el cristiano la roba y la lleva a otro país? Entonces sí que no podría hacer nada su padre.

MARTA... Eso me temo: que una de las noches que hable con ella en el jardín, la proponga la fuga y la acepte.

ZORAIDA. Yo me alegraría.

MARTA... *Levantándose.* Yo, no: eso no está bien visto en estas personas de tan alta alcurnia. Yo estoy por asegurar que no haría semejante cosa; esto no es propio de nuestras costumbres.

ZORAIDA. Pues el amor acepta todo: es un tirano que quiere ser ciegamente obedecido.

MARTA... Ella quiere mucho a su padre y no le daría ese disgusto. No lo hará, no, estoy segura. Ella confía en que su padre ha de acceder a su casamiento, y por su imaginación no pasará el disgustarle.

ZORAIDA. ¿A qué hora subió anteanoche del jardín?

MARTA... A las dos.

ZORAIDA. Yo me dormí en la ventana y no vi marchar al cristiano.

MARTA... No vuelvas a dormirte otra noche; pues es muy necesaria tu vigilancia de la calle como la mía del jardín.

ZORAIDA. No me volverá a ocurrir, Marta, te lo juro.

MARTA... ¡Calla!.... siento pasos y debe ser ella.

ZORAIDA. Asomándose a la puerta del foro y mirando por la izquierda. Ella es.

MARTA... Márchate y déjanos solas.

Zoraida sale por la derecha.

ESCENA III

MARTA y RAQUEL

Raquel con traje de judía muy lujoso.

RAQUEL.. Entrando por el centro. Qué disgustada estoy, Marta.

MARTA... ¿Por qué?, Raquel.

RAQUEL.. Acabo de enterarme que anoche hubo otra escaramuza en unas callejuelas, cerca de aquí. Temo que el cristiano haya tomado parte en la contienda.

MARTA... Con extrañeza. ¿Por quién lo has sabido?

RAQUEL.. Por una conversación que mi padre ha tenido en la galería, hace poco rato, con el viejo Rubén, el cual le ha dado conocimiento de ella. Yo, al oir a Rubén que habían salido mal de la revuelta, me he retirado de ellos pensando si mi cristiano habrá tomado parte y estará herido.

ARTA... Suave le habrá puesto a tu padre la noticia.

AQUEL.. Nada ha dicho; todo lo ha escuchado silencioso.

ARTA... Supongo que el viejo Rubén no lo habrá relatado como testigo presencial.

AQUEL.. No, mujer; él lo ha explicado tal como se lo han referido dos que estuvieron en la reyerta. Rubén dice que no vió nada desde su azotea, debido a que el suceso ocurrió por la parte opuesta de su casa.

ARTA... Apartando la vista de Raquel. Menos mal; sobre esto tal vez fuera por lo que acechara. A Raquel. Aparta esa idea de tu imaginación. Yo sé que el cristiano no ha tomado parte en la refriega.

AQUEL.. Sonriendo bondadosamente. ¡Sí! ¿De verdad?

ARTA... De verdad.

AQUEL.. Con alegría. Gracias mil al Profeta.

ARTA... Esta mañana le ha visto Zoraida, al regresar del Zoco, a la que ha entregado un pergamino para tí.

AQUEL.. ¿Cómo no me lo ha dado?

ARTA... Porque yo la he dicho que me le dé a mí y que yo te le daría cuando tu padre no estuviera aquí. Mas como no ha salido esta mañana y no hemos tenido ocasión de vernos solas, por eso no te le he dado.

AQUEL.. He estado con mi padre, el cual me ha leído y explicado algunas cosas del Talmud. Dame el pergamino.

ARTA... Tómale. Se le dá arrollado y atado.

RAQUEL.. Besa el pergamino. De él, sí. Le desata y lee con alegría. *Esta noche, a la hora acostumbrada, iré a verte. No faltes en el jardín.*

Te adora,

Ricardo.

¡Cuánto me quiere, Marta, mi cristiano. Yo también le quiero a él.

MARTA... Ya es demasiado, Raquel.

RAQUEL.. Todo lo que se merece, Marta.

MARTA... Tal vez hasta que te quiera algún judío....

RAQUEL.. ¡Le querré siempre!.... Mi cristiano no puede tener rival! Nuestros corazones están unidos, y nada bastará a arrancar su imagen de mi pecho, ni la mía del suyo.

MARTA... Siento mucho que ese amor haya encarnado tanto en tí.

RAQUEL.. ¿Por qué!....

MARTA... Porque hace falta saber la opinión de tu padre, que es muy respetable.

RAQUEL... Con persuasión. Mi padre accederá a mis deseos; procuraré ir preparándole, y si se opone ya sé lo que tengo que hacer. Ese cristiano es para mí y yo para él. Nuestros corazones están entendidos y laten a la par. De otro hombre, no, y mil veces no.

MARTA... Es difícil que acceda a tus deseos, debido a que cada día tiene más odio a los cristianos. Si se opone, no tienes más remedio que obedecerle; como hija, le debes veneración y respeto. Entre Ricardo y tú veo un abismo que os separa. Si te hubieras enamorado de uno de tu raza, todo lo veía

yo fácil y claro; pero de un cristiano, lo veo difícil y oscuro.

AQUEL... Con resolución. Eso no es obstáculo, Marta; y si lo es, ya veremos el medio de salvarle. Yo soy dichosa con amar a Ricardo. En mis sueños, me elevo a un cielo de halagüeñas esperanzas y veo un porvenir florido.

ARTA... Yo veo ese porvenir a través de un velo triste, aciago.

AQUEL.. ¡Un abismo nos separa!.... ¿Qué causa te inspira ese horrible pensamiento?....

ARTA... Me lo inspira el ver que te dejas llevar de esas ligerezas propias de la juventud. Tu padre te quiere mucho; pero una contrariedad como la que le proporcionas, le causará sofoco y la arrollará con su furia. Hay que vivir muy alerta.

AQUEL.. ¡Nos separa un abismo!.... ¿Quién podrá romper el lazo que une nuestros corazones?....

ARTA... Interrumpiendo. ¡Tu padre!....

AQUEL.. Mi padre no me contrariará. Veremos si la voluntad de él es más poderosa que la ley del amor impuesta al mundo por el Creador, y si es más fuerte que el derecho del cielo escrito para mí en los ojos de Ricardo: «Ese hombre es para esta mujer».

ARTA... Temo.....

AQUEL.. Interrumpiendo. Yo no temo nada. Yo desafío todo poder ante mi primer amor.

ARTA... El amor inmenso que sientes por el hom-

bre que te fascina, mata el amor que debes a tu padre. La dicha de un padre no se debe sacrificar por la de un amante.

RAQUEL.. No enturbies los días más felices de mi vida, Marta.

MARTA... Entonces debes seguirle si te propone la fuga, como ellos acostumbran..... ¿Estás dispuesta?

RAQUEL.. Permanece algunos momentos pensativa. ¡Mi querido padre! Afligida ¡Abandonar a mi padre!.... No, no. ¡Jamás!

Se oye una voz, en el pasillo, que dice: "Raquel,,.

MARTA... Tu padre.

Raquel se guarda el pergamino en el pecho. Marta sale por la derecha y cierra la puerta.

ESCENA IV

RAQUEL y LEVÍ

Leví con traje própio y lujoso de judío.

LEVÍ..... Entrando por el centro. Estás aquí, hija mía. El padr[e] la besa en la frente.

RAQUEL.. Sí, padre mío.

LEVÍ..... Tomando asiento en medio de la escena. Estos cristiano[s] no nos dejan descansar un momento. Rar[a] es la noche que no hay escaramuza.

RAQUEL.. Al lado derecho de su padre y junto a él. No te preocupen esas contiendas, padre mío. Con cariño. Y[o] quisiera que os hiciérais amigos y todo[s] viviéramos pacíficos y tranquilos.

LEVÍ..... Eso es imposible; toda nuestra raza le[s]

tiene odio mortal; o ellos concluyen con nosotros o nosotros con ellos.

AQUEL.. Yo no me explico la causa de tanto encono.

EVÍ..... Eres muy joven y muy inocente para comprender el alcance de nuestras ideas.

AQUEL.. No pienses más sobre este asunto, padre mío.

EVÍ..... No pensaré, hija mía. Ya comprendo que la causa que defendemos no te agrada. En tu edad todo es bueno y no se quieren penas ni sinsabores.

AQUEL.. Poniendo su brazo izquierdo sobre los hombros de su padre. No hablemos más de eso; me causa horror el pensarlo. Yo quiero que estés contento y que me quieras. Yo te quiero mucho; tanto, que tus alegrías son mis alegrías y tus pesares son penas mías. Nunca he gozado de las caricias de una madre; sólo he disfrutado las tuyas. Se sienta sobre el muslo derecho de su padre.

EVÍ..... Eres un ángel, y ya sabes que después del Profeta eres tú la primera, hija mía. Yo vivo por tí y para tí. ¡Qué me pedirías tú que yo no te concediera?

AQUEL.. Ya lo sé; pero si yo te pidiera alguna cosa que no fuera de tu gusto, me la negarías.

EVÍ..... Siendo buena para tí, no te la he negado nunca, aunque para mí fuera enojosa.

AQUEL.. Si te pidiera algo para un cristiano, ¿me lo negarías?

LEVÍ..... Sí, porque de esa raza de perros nada te puede ser útil. Nos tienen odio mortal y nosotros a ellos lo mismo. Es imposible venir a un acuerdo. El tiempo se encargará de sentenciar nuestra causa y dar la razón al que la tenga, y la victoria al que se la merezca.

RAQUEL.. Separándose del padre y colocándose a la derecha de la escena. Con la cabeza baja. No me gusta oirte hablar así, padre mío. Mi placer sería que desecharas ese encono que les tienes, pues a nosotros no nos han causado ningún mal. Nos respetan, nos consideran, ¿qué más queremos? Se pone triste.

LEVÍ..... Por no verte triste, no me vuelvas a hablar más de este asunto. Te juro no enternecerte más.

RAQUEL.. Suspirando y elevando sus ojos al cielo. Me veré sola en el mundo.

LEVÍ..... ¿Es que tal vez creas que me han de dar muerte esos infames?

RAQUEL.. Sí.....

LEVÍ..... Levantándose y acercándose a ella. No estés en esa idea, prenda mía. Me necesitan, bien lo sabes tú.

RAQUEL.. Bien lo sé, padre mío. Nuestras grandes riquezas las utilizan para sus pompas y vanidades; como son, en sus grandes fiestas, en los torneos dados a las hermosas castellanas y aun en la guerra contra nosotros. Quién sabe si llegará un día que te despojen de ellas, o te den muerte, por

no devolvértelas. Entonces, ¡qué sería de mí!....

LEVÍ..... Devolvérmelas, sí. Tengo en rehenes cosas de importancia y documentos muy formales, muy serios.

José aparece por la puerta del centro.

JOSÉ..... Rubén desea hablar con el señor. En la habitación espera.

LEVÍ..... Dile que pase aquí. Coge la silla que ocupó y la pone en su sitio.

José hace una reverencia y se retira.

RAQUEL.. Aparte. Traerá más noticias y detalles de la escaramuza de anoche.

LEVÍ..... Tú, hija mía, retírate hasta la hora de comer. En el jardín estarás bien en unión de Marta o de tu esclava.

RAQUEL.. Bien, padre mío, allí me iré. Besa a su padre y éste la corresponde. Sale por la derecha y entorna la puerta.

ESCENA V

LEVÍ y RUBÉN

Rubén con traje decente de judío.

RUBÉN... Entrando por el centro. Jehová nos guarde y esté con nosotros.

LEVÍ..... Con satisfacción. ¡Así sea, viejo Rubén! ¿Qué otras novedades traes? Se sienta en la poltrona.

RUBÉN... Siento haber interrumpido la conversación que tenías con tu hija.

LEVÍ..... No lo sientas, pues tu venida ha sido oportuna para cortar la que teníamos. No

la agrada a mi hija lo que yo puedo hablar de esa raza maldita. ¡Jehová la sepulte! Siéntate, Rubén.

RUBÉN... Cogiendo una silla. Yo sé el por qué no le agrada lo que nosotros podamos hablar acerca de esos tiranos. Se sienta a la derecha de la escena.

LEVÍ..... Mucho saber es, Rubén. ¿Cuál es ese por qué?

RUBÉN... Ese por qué es un pesar para tí. Lo conozco. A comunicártelo venía. «Mucho he vacilado antes de decidirme a venir a comunicártelo, pero el cariño que te tengo ha acallado todos mis escrúpulos.»

LEVÍ..... Con gesto y acento de pesadumbre. «¿De qué se trata?»

RUBÉN... «De una nueva que si hoy no lo es, puede llegar a ser una gran desgracia para tí.»

LEVÍ..... Mirándole desdeñosamente. «¿Para mí?»

RUBÉN... Levantándose. «Para tí y para Raquel también». Entorna la puerta del centro.

LEVÍ..... «¿Para mi hija? ¿Qué enlace puede tener ese augurio de desgracias y el nombre de mi hija? Habla.»

RUBÉN... Se sienta. «Hace tiempo que observas una gran variación en ella, ¿no es verdad?»

LEVÍ..... «Sí.»

RUBÉN... Pues yo también la venía observando. «Mis ojos han visto su turbación cuando está delante de tí; mis oídos, testigos de las forzadas palabras que te dirige, siempre pensativa, siempre preocupada. Tú también lo has notado, Leví; tú también has querido adivinar lo que pasa en e

alma de tu hija; pero eres padre y los padres son sordos y ciegos para las faltas de sus hijos.»

LEVÍ..... «No te entiendo. ¿Qué quieres decir?»

RUBÉN... «Quiero decir que yo también lo he notado; que queriendo a Raquel como a mi hija, aquella niña que el Señor arrebató de mi lado a los quince años para engalanar con ella los jardines del Paraíso, he buscado la causa de su preocupación y la he encontrado, y he creído deber decírtela para que pienses lo que debes hacer en la situación en que te hallas.»

LEVÍ..... «No sé por qué me turban tus palabras.»

RUBÉN... «¿Quieres saber el nombre de la enfermedad de tu hija? Se llama amor. Tu hija está enamorada, y de ahí su tristeza, de ahí su preocupación».

LEVÍ..... Sorprendido y levantándose. «Nada más lejos de mi pensamiento que creer enamorada a mi hija..... Meditando. Todo lo encuentro negro, todo triste; un desierto de penas y dolores con espinas por arena. ¡Qué solo me voy a ver en el mundo, sin la presencia, sin las caricias de Raquel!.... Levantando la cabeza. Pues bien, si ese hombre a quien mi hija prefiere a su padre, es verdaderamente bueno y digno, se unirán ante Dios sus voluntades, pues ya lo están sus corazones, y si Jehová mira con ojos de bondad el sacrificio que me impongo, hará que los hijos de mi hija alegren con sus juegos

infantiles los días de mi vejez. Lágrimas se desprenden de sus ojos. Mi hija antes que todo; la dicha de Raquel antes que mi egoísmo. La casaré y viviré al reflejo de su felicidad.» Déjase caer en la poltrona y queda como abatido y pensativo.

RUBÉN... Levantándose. «Leví, no es esto todo: aún te falta saber la parte más horrible del secreto, para lo cual debes pedir resignación a ese Dios tan grande con cuyo nombre en la boca tantas veces sufrió Israel sus cautiverios y Job se vió abandonado y cubierto de lepra. La lepra de la maldad cae hoy sobre tí; humíllate ante los decretos de Jehová.»

LEVÍ..... «No te entiendo, y no obstante, tus palabras como hierro candente penetran hasta mi corazón. ¿Qué desgracias son esas tan terribles que me anuncias? ¿Puede haber para mí nada más espantoso que verme separado de mi hija? ¿Qué me importa lo demás?»

RUBÉN... «Es que el cielo te niega la satisfacción de sacrificarte por tu hija: es que te condena a verla eternamente desgraciada, atrayendo sobre su frente culpable el rayo de la cólera de Dios.»

LEVÍ..... Se pone de pie. «¡Cómo! ¿Tan indigno, tan miserable es el hombre a quien ama Raquel?»

RUBÉN... «Es más que indigno, más que miserable.»

LEVÍ..... «¿Qué es entonces?»

UBÉN . . . Con arranque de cólera. «¡Un cristiano!» Un prosélito de esa religión maldita, que has enseñado a odiar a tu hija desde la cuna.

EVÍ. . . . . Con cara de espanto. ¡Qué dices, Rubén, qué dices! ¡Será posible! Queda pensativo y silencioso. ¿Qué sabes, qué has visto?

UBÉN . . . Saber, nada; visto..... sí.

EVÍ. . . . . Habla, porque cuanto antes hables más pronto se podrá remediar el daño. Se sienta.

UBÉN . . . Ese daño no se puede remediar. El amor no se cura, porque es amigo de la libertad, y no obedece fácilmente los mandatos.

EVÍ. . . . . Rápidamente. ¿Qué has visto?

UBÉN . . . Sentándose. Te lo diré, pero nada en perjuicio de tu hija quiero que recaiga. Sé lo mucho que la quieres y por mi causa no deseo para ella ningún mal.

EVÍ. . . . . Gracias, Rubén; en perjuicio de ella no recaerá ninguno, te lo prometo. Sus ojos delatan una gran curiosidad.

UBÉN . . . He observado que por la noche hay un cristiano que ronda la calle. Por la riqueza de su traje y por la bizarría de su persona aprecié su noble alcurnia. Noches atrás, desde mi azotea, lo ví saltar la tapia del jardín. Como sabes, por lo que pueda ocurrir, que tengo la llave de la puerta de calle del corralillo que va a tu jardín, bajé inmediatamente, abrí con cautela, retiré con cuidado la puerta de celosía que va al jardín, y una vez dentro fuí aproxi-

mándome despacio al grupo que veía junto al árbol corpulento. Tuve que aprovechar la oscuridad de la luna al ser cubierta por las nubes, las cuales, de cuando en cuando, la dejaban desplegar su luz plateada. Supuse que sería un amante de Zoraida, y, al tratar de sorprenderla, reconocí a tu hija y eché pies atrás.

LEVÍ..... *Levantándose del asiento.* ¡Esto es increíble!.... ¿Tú estás seguro de lo que me estás diciendo?

RUBÉN... *Se levanta.* Sí. ¡Te lo juro por Jehová!

LEVÍ..... Ahora comprendo el disgusto de mi hija. Qué pesadumbre has hecho nacer en mí, Rubén.

RUBÉN... Sabía el daño que te iba a causar, Leví, pero he creído un deber el decírtelo. Más vale que vivas en la desgracia sabiéndola, que en la ignorancia del engaño.

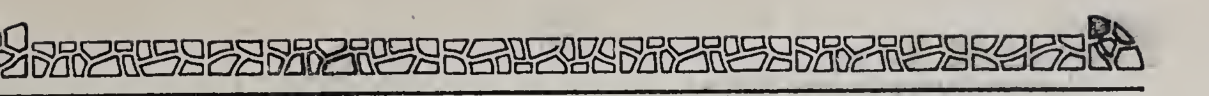
LEVÍ..... *Fiero y altivo.* ¡Tienes razón, Rubén!.... ¡Pues yo te juro que ese cristiano entrará poco en mi jardín! ... ¡Un cristiano allanar y profanar mi casa!.... Pagará su atrevimiento y osadía. ¡La tierra se me abra antes que verme sólo en el mundo!....

RUBÉN... Si me necesitas para algo siempre a tu disposición.

LEVÍ..... Ya lo sé, Rubén. Te agradezco tu observación y mucho más que me lo hayas comunicado. Es hora de la comida, vas a comer con nosotros, y esta tarde tenemos que hablar despacio para tomar medidas

precisas. Ya verás. Acaso tenga necesidad de tus servicios. Por malo que yo sea, soy buen padre, y no merezco que un cristiano me quite mi hija. Con la mirada llena de furor y de venganza El corazón y el amor de Raquel es mío; de ese cristiano, no, ¡nunca!.... Salen juntos por la puerta del centro.

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto segundo.

n jardín. Arbol corpulento a la izquierda y al pie un asiento rústico. A la derecha se ve el brocal de un pozo. Al fondo hay una tapia. La luna ilumina algo el jardín y las copas de los árboles, desapareciendo, en parte, poco a poco hasta empezar la segunda escena.

La acción comienza antes de media noche.

ESCENA PRIMERA

ISMAEL y JOSÉ

smael dejando unas regaderas al pie de un rosal, con la abeza vendada y un pañuelo en el brazo izquierdo en forma e cabestrillo. José aparece después de levantado el telón con un ramo de flores en la mano y un manojo de llaves.

OSÉ..... Con extrañeza, sorprendido al ver a Ismael. ¡Diantre!.... ¿Cómo tú aquí a estas horas?

SMAEL... Ya me retiraba. He bajado a terminar de regar este trozo que me ha quedado esta mañana.

OSÉ..... ¿De modo que has estado otra vez aquí? ¿Has tenido valor y fuerzas para abandonar la cama?

SMAEL... Valor, sí; fuerzas las he tenido que hacer.

Era necesario regar ésto; pues si el señor baja mañana temprano, como sabes tiene por costumbre, y ve que está falto de riego, me reprendería severamente como él acostumbra. ¿Ha preguntado por mí? *Se sienta, en un banco rústico, a la derecha de la escena.*

JOSÉ..... No. Ha estado hoy muy preocupado. Esta mañana conferenció con el viejo Rubén, el cual ha comido con él, y esta tarde han vuelto a reanudar la conferencia en su habitación.

ISMAEL... ¿Sabe la escaramuza de anoche?

JOSÉ..... No me ha preguntado nada sobre ella.

ISMAEL... Tal vez se la haya participado el viejo; y al saber el desastre, ésta sea la causa de su preocupación y la de conferenciar mañana y tarde. Si ahora, al darle conocimiento de la requisa, te pregunta por mí, le dices que al cortar la rama del laurel, que me dijo cortara hoy, por estorbar mucho a su balcón, me he caído y me he lastimado bastante la cabeza y el brazo izquierdo. Es conveniente que no sepa que, en la contienda de anoche, tomamos parte nosotros.

JOSÉ..... No está mal pensado. Se puede enfadar y castigarnos por habernos ausentado sin su permiso. Por mí no lo sabrá. Esta mañana, en el Zoco, se comentó mucho la escaramuza; lo sé por Zoraida, que me lo manifestó.

ISMAEL... Las malas naticias se propagan pronto.

¿Qué impresiones has podido tú recoger durante el día?

OSÉ..... Yo ninguna, debido a que no he salido hoy a la calle; y me ha extrañado que el señor no me haya mandado a adquirir noticias sobre el particular.

MAEL... Sí que es extraño.

OSÉ..... Suponiendo que en el Zoco se comentaría en seguida el suceso, y que Zoraida se enteraría de él al hacer las compras, me avisté con ella, pretextando el ir a ver a Marta; y efectivamente, se había enterado. Me dijo que los ánimos estaban muy excitados, debidos a una escaramuza que ocurrió anoche; tanto que, temiendo se alterara el orden en el mercado, regresó en seguida. Esta tarde, en el patio, nos hemos vuelto a ver, y hablando del asunto me ha enterado de ciertas pesquisas que han hecho hoy los nuestros.

SMAEL... Por fin, ¿de quién fué la victoria?

OSÉ..... No quiero recordarlo, Ismael; el triunfo fué de los cristianos.

SMAEL... ¡Raza maldita! Cuándo llegará el día en que sacudamos para siempre la dura opresión a que nos hayamos condenados..... ¡Morir!..... Mil muertes primero que vivir esclavos de esa raza.

OSÉ..... El *walí* no nos ayuda conforme a lo que tenemos estipulado en el tratado.

SMAEL... ¿Cuántos murieron?

OSÉ..... Cristianos, que yo sepa, ninguno; de

los nuestros, siete y quince heridos, contándote a tí entre ellos.

ISMAEL... ¿Se apoderaron de los muertos?

JOSÉ..... No; los llevaron a sus hogares.

ISMAEL... No me explico el desastre.

JOSÉ..... La victoria, recuérdalo, iba de nuestra parte, porque huían despavoridos; pero al acometer a los que se ocultaban en las esquinas de la cuesta de los Escalones, fuimos derrotados.

ISMAEL... ¿Cómo pudo ser eso?

JOSÉ..... Por una emboscada que nos tenían preparada, Ismael. Cuando ganamos la cuesta y todos estábamos en ella, tal número de pedruscos arrojaron desde las azoteas, que fueron los que causaron la muerte a los nuestros. Allí caíste herido y sin séntido; yo te recogí y te daba por muerto.

ISMAEL... ¿Quién me trajo aquí?

JOSÉ..... Yo, sobre mis espaldas.

ISMAEL... Los habitantes de esas casas la tienen que pagar bien.

JOSÉ..... Esta mañana las han revisado y no habita nadie.

ISMAEL... ¡Traidores!.... piedras desde las azoteas. Esta opresión..... ¿cuándo se compadecerá el Dios de Israel de nosotros? ¿Cuándo estaremos libres de nuestros enemigos?

JOSÉ..... Eso les valió la victoria. Esa estratagema ha sido, sin duda alguna, hija de la que nosotros les hicimos, hace doce días, en el callejón de los Muertos.

ISMAEL... No has pensado mal; pero allí, aunque matamos cinco, no obstante, tuvimos siete heridos, y de éstos ya sabes que han muerto dos.

JOSÉ..... No siempre ha de estar la victoria de nuestra parte, Ismael.

ISMAEL... De modo que el señor no sabe nada.

JOSÉ..... Supongo que no: a mí nada me ha preguntado, como te he manifestado antes; pero debe saber algo. Nunca le he visto tan pensativo como hoy. Si el viejo le ha dicho que el triunfo de anoche fué para esos malditos, lo habrá sentido mucho y le tendrá impresionado.

ISMAEL... Lo que piense él y el viejo ya lo sabremos. Son seguros y ciertos en sus planes.

JOSÉ..... Sobre el banco, que hay junto a las adelfas, estaban estas flores. Mostrándole las flores que tiene en la mano.

ISMAEL... Has hecho bien de cogerlas; pues si las ve el señor me hubiera reñido: dice que las flores son de las plantas y no se les debe quitar. Se las debe haber dejado Raquel olvidadas; ha estado leyendo ahí hasta la postura del sol.

JOSÉ..... ¿Qué te ha dicho?

ISMAEL... Nada: estaba por asegurar que ni se ha fijado que yo estaba regando. No alzaba los ojos del libro. Se levantó y se fué por la escalera de los jazmines.

JOSÉ..... Se las daré mañana temprano a Marta o a Zoraida, a la primera que vea, para que se

las entreguen a ella. A descansar, Ismael, que es tarde y pienso desquitarme del sueño que perdí anoche.

ISMAEL... La requisa, ¿la has hecho bien?

JOSÉ..... Cogiendo de la mano derecha a Ismael y ayudándole a levantarse. Sí, todas las puertas de la calle están cerradas y seguras con las trancas. Voy a dar, al señor, parte de ella y a entregarle las llaves. ¡Ánimo!.... y a curar esas heridas!

ISMAEL... Pues vámonos. Mañana no dejes de bajarme un poco de sal; vinagre y ajo tengo bastante, de paso me ayudas en la cura.

Salen por la derecha.

ESCENA II

RAQUEL y MARTA

Ambas entrando por la izquierda del centro. Marta se detiene un momento mirando al cielo. A Raquel se la ve un puñal que lleva entre la cinturilla de su vestido, lado izquierdo.

RAQUEL.. Marta, ¿qué contemplas? Se coloca a la izquierda de la escena.

MARTA... Lo limpio que está el cielo, todo tachonado de estrellas, el blanco disco de la luna va dejando ya de esparcir sus rayos plateados por toda esta mansión.

RAQUEL.. Creí que calculabas la hora.

MARTA... Colocándose a la derecha de la escena. Soy poco fuerte en el conocimiento de las estrellas, y suele equivocar las horas.

RAQUEL.. Marta, ¿te ha preguntado mi padre algo acerca de mí?

MARTA... No; ¿por qué me haces esa pregunta?

RAQUEL.. Porque he notado en él, durante la comida de hoy, cierta preocupación, la cual me ha privado de sus caricias y atenciones hacia mí. Estaba pensativo y pálido; sus ojos bajos e inquietos; su frente ceñuda, todo anunciaba que en su mente había un pensamiento de desesperación. Cuando recuerdo las palabras que me dijo mi padre, tiemblo por mi destino. Toda la tarde he pensado sobre esto. Me ha hecho sospechar si sabrá algo de mis amores.

MARTA... No, no estés en esa idea. Al cristiano no puede haberle visto; él pasea la calle cuando tu padre está encerrado en su habitación, ya sabes que nunca sale de noche.

RAQUEL.. Es verdad; pues los sirvientes tampoco, porque se recogen temprano.

MARTA... ¿Quieres que con cierta maña pregunte al jardinero y a los demás sirvientes?

RAQUEL.. No; esas preguntas infundirían recelos. Mejor es guardar silencio; lo que no se dice no se sabe. La palabra es de plata; pero el silencio es de oro.

MARTA... El viejo Rubén, el amigo constante de tu padre, tal vez pudiera desvanecer tu preocupación.

RAQUEL.. Rubén me quiere, no lo dudo; pero jamás

me revelará nada concerniente a mi padr
Si mi padre le revela algo, o él a m
padre, a la tumba irá con ellos. Son bue
nos judíos.

MARTA... Zoraida nada me ha dicho sobre est
particular; de modo que podemos esta
seguros que nada indagan y, por lo tant
nada saben.

RAQUEL.. Jehová te oiga. Si Rubén supiera alg
mi ilusión sería sacrificada. Nadie hace
uno más traición que sus amigos.

MARTA... Quizá la escaramuza de anoche le teng
hoy preocupado.

RAQUEL.. Eso será, porque al terminar la comid
mi padre dijo a Rubén: "Ya sabes qu
tenemos que hablar despacio para toma
medidas precisas; vámonos a mi habi
tación.,,

MARTA... Allí han permanecido toda la tarde.

RAQUEL... Mucho le debe haber impresionado a m
padre. Nunca ha estado tan silencioso
cabizbajo. Hay que averiguar los nombre
de los muertos.

MARTA... ¿Por qué?

RAQUEL.. Por si alguno de ellos era del aprecio d
él. El viejo Rubén, esta mañana, cuand
dió conocimiento de ella a mi padre, n
mentó nombre alguno.

MARTA... Mañana hablaré con José y lo averiguar
Saberlo no debe, porque hoy no ha salid
de casa. El jardinero tal vez lo sepa, por
que hoy no le he visto y debe haber sali

do; y en este caso él es muy curioso y se habrá enterado, como siempre, de los nombres. Le preguntaré.

RAQUEL.. Muy bien. Jehová quiera que sepamos sí es éste el motivo de su preocupación.

MARTA... Jehová lo quiera, Raquel.

RAQUEL... Ahora he vuelto a prevenir a Zoraida que no se duerma esta noche. Si tal hace la voy a imponer un castigo muy severo; lo que nunca he hecho con ella.

MARTA... No se dormirá, te lo aseguro: la he hecho los cargos del perjuicio que podía causarte, y me ha jurado el estar alerta. Ya estará en la azotea. Imponerla un castigo severo, si llegara la ocasión, había que pensarle bien; pues debes tener presente que las moras son muy vengativas, y con el mismo ardor que quieren, aborrecen. Ella te quiere, no hay que dudarlo; tanto que si alguna persona te causara algún mal, te vengaría; y si tú se le causas a ella, el castigo recaería sobre tí. Ricardo sabe que la otra noche se durmió.

RAQUEL.. ¿Quién se lo ha dicho?

MARTA... Ella misma esta mañana cuando habló con él. Ricardo la dijo que al marcharse no le contestó cuando la chistó, y entonces le manifestó que se había dormido.

RAQUEL.. Eso le habrá disgustado a Ricardo.

MARTA... Según Zoraida, no lo dió importancia.

RAQUEL.. Pues yo sí se la doy. De ella depende la vida de él al marcharse. Suponte que

alguien le ve saltar la tapia y, tomándole por un ladrón, le espera a la retirada para prenderle o darle un polpe. Estando ella alerta, esto no puede ocurrir, porque avisaría, y en este caso Ricardo no soldría de casa; ya le esconderia yo en sitio seguro y veríamos la ocasión de darle la salida, al día siguiente, sin peligro alguno. Yo he propuesto, algunas veces, a Ricardo que no se fuera por temor de que le ocurra algún percance, pero él me lo ha rechazado con energía, diciendo que eso es cobardía.

MARTA... No tengas cuidado por esta noche: Te vuelvo asegurar, por segunda vez, que no se duerme ni se dormirá en lo sucesivo. Ella daría hoy su vida por el bien tuyo así como no quisiera ser yo el que te causara algún pesar. El que tal hiciera no escaparía bien, fuera quien fuere.

RAQUEL.. De su afecto no he dudado nunca estoy persuadida de cuanto me dices. Es valiente y su valor me lo ha brindado muchas veces. En cierta ocasión, hablándola de mis temores al marcharse Ricardo me dijo que ella no tenía ningún inconveniente en acompañarle si la facilitaba un vestido de hombre. Esto lo puse en conocimiento de Ricardo y no sabes la risa que le causó.

MARTA... Ricardo la quiere mucho.

RAQUEL.. Ricardo la aprecia mucho, pero quererla, no.

IARTA... ¿Por qué no?

ɩAQUEL.. Porque él no quiere a nadie más que a mí.

IARTA... Perdona, mujer; ya puedes comprender en el sentido que yo lo he dicho.

ɩAQUEL.. Sea en el sentido que sea, no te consiento decir que Ricardo quiere a otra mujer. No puede querer a nadie sino a mí.

IARTA... De ello me complazco mucho.

ɩAQUEL.. Cuánto me ha distraído, Marta, el libro que me ha dejado Ricardo. Su lectura me entusiasma.

IARTA... ¿Te ha gustado?

ɩAQUEL.. Mucho. Hasta hace poco no he dejado su lectura.

IARTA... ¿Dónde le has puesto?

ɩAQUEL.. En el mechinal que hay junto a mi ventana, el cual está cubierto por el ramaje de la madreselva que trepa por la pared; allí no lo ve mi padre.

MARTA... Muy bien pensado; allí está seguro.

RAQUEL.. Lo que se me ha olvidado, Marta, ha sido la guita para atar las flores que he cortado esta tarde para Ricardo.

MARTA... Se dispone a marchar. Voy por ellas.....

RAQUEL.. Deteniendo a Marta. No: las ataremos él y yo con una rama de pasionaria.

MARTA... Las flores no las he visto en la habitación.

RAQUEL.. Las dejé esta tarde sobre el banco que hay junto a las adelfas. Al marcharse luego Ricardo iremos los dos por ellas.

MARTA... Lo que me extraña es que no estropee las flores al saltar la pared.

RAQUEL.. Él no salta con ellas. Una vez en la calle da una palmada para indicarme que está salvo, y entonces yo le lanzo el ramo por encima de la tapia.

MARTA... Comprendido.

RAQUEL.. Mirando por el jardín. La luna ha dejado ya de iluminar este recinto. Debe ser muy cerca de la media noche y por lo tanto se acerca la hora de venir Ricardo. Vete a tu cuarto y no dejes de estar alerta. Ya sabes la señal si se presenta algún peligro.

MARTA... Descuida: ya sabes que mi vigilancia es constante.

RAQUEL.. Lo sé.

MARTA... Aparte. Los amantes en estos casos son los más torpes. Váse por donde entró.

ESCENA III

RAQUEL

RAQUEL.. La lectura del libro me ha entusiasmado esta tarde. Por él me he enterado que los cristianos no tienen más que una esposa. Les está prohibido el tener más. Ellos tratan a la mujer como a una compañera, a la cual aman y respetan. Los esposos cristianos dividen entre sí sus placeres y alegrías, sus dolores y tristezas. Cuando

la nieve de los años blanquea sus cabellos y no pueden ser amantes, entonces son amigos tiernos y respetuosos.

¡Oh, Ricardo mío!, qué feliz voy a ser contigo. Día y noche me persigue tu imagen. Te amo con locora y frenesí, como sabemos amar nosotras.

Él, cristiano; yo, judía..... ¡Bah!...., ¿qué importa? La ley del amor es universal y eterna, escrita en el corazón de todos los mortales. Su Dios y el mío no son enemigos, porque es uno mismo; luego, su Dios y el mío no es obstáculo para nuestro amor, puesto que la divinidad potente es una misma y ésta ha sembrado en nosotros la semilla de nuestro amor, de la cual ha nacido en nuestros corazones una pasión inmensa, grande.

Su corazón y el mío palpitan acordes. Su mirada y su sonrisa iluminan como un rayo de sol mi existencia, y..... ¿qué me importa su religión y su alcurnia?

¡Oh, Ricardo mío! Yo siempre a tu lado; el infierno en que tú estés, ese será mi cielo.

Se oye una palmada fuera del jardín y se ve pender, de la pared, una escala que es arrojada por encima de ella desde fuera.

Mirando a la pared. ¡Él es! Saca el puñal de su cintura y le deja entre las ramas de un arbolillo, antes de que Ricardo la vea.

Se ve a Ricardo, por el lado derecho del frente, encima de la tapia del jardín y descender de ella por la escala.

ESCENA IV

RAQUEL y RICARDO

Ricardo viste traje de cristiano muy lujoso con manto y espada Raquel sale al encuentro de Ricardo y ambos se cogen la manos.

RICARDO. Con pasión, alegría y vehemencia. Todo es alegría par mí estando junto a tí, bien mío.

Se abrazan los dos llenos de alegría.

RAQUEL.. Con pasión. Todo es amor estando así los dos

RICARDO. Todas las horas las paso pensando en tí estrella mía. Tú no puedes pensar en m tanto como yo en tí.

RAQUEL.. No me digas eso, Ricardo.

RICARDO. ¡Raquel de mi corazón!....

RAQUEL.. ¡Ricardo!.....

RICARDO. ¡Cuántas horas sin estrechar esta man querida! Besa la mano de Raquel repetidas veces.

Se dirigen, medio abrazados, al árbol corpulento.

RAQUEL.. No hables tan alto, refrena tu delirio.

Se sientan al pie del árbol.

RICARDO. Siempre tu imagen revuela ante mis ojos

RAQUEL.. Tu recuerdo me persigue.

RICARDO. Tu amor me fascina.

RAQUEL.. El tuyo me enloquece y me subyuga.

RICARDO. Tu aliento me abrasa, tus palabras m devoran. Si miro al cielo, cada estrella m recuerda tus ojos.

RAQUEL.. En el murmullo del río, en el canto de la

aves, en el susurro de las brisas, en todas partes oigo tu nombre idolatrado, Ricardo.

RICARDO.. Si sueño, es contigo; si estoy despierto, Raquel es mi alma, mi ser, mi universo, mi espíritu, todos mis pensamientos nadan en el inmenso mar de delicias que me brinda tu amor. Nosotros seremos felices, sí, sí, ¡Raquel! ¡Raquel! Abrazándola. ¿Quieres que hable a tu padre?

RAQUEL.. No. Se pone triste.

RICARDO.. ¿Te entristeces? ¿Qué te pasa?

RAQUEL.. Estando contigo, nada, no estando contigo, pienso siempre en lo que mi padre resolverá al saber nuestros amores. No me hables de este asunto, me extremezco de temor al pensarlo.

RICARDO.. Si su resolución no es favorable, tú debes venirte conmigo y hacerte cristiana. Nuestra religión te recibirá con los brazos abiertos. A todo el que llama a sus puertas se las franquea inmediatamente.

RAQUEL.. Dejar a mi padre, nunca; y a mi religión, jamás. Siento mucho que nuestras religiones sean distintas; quisiera que fueran iguales como es nuestro amor.....

RICARDO.. Si quieres que sean iguales, esa igualdad la puedes hacer tú.

RAQUEL.. ¿Cómo?

RICARDO.. Haciéndote cristiana, que es el obstáculo que impide nuestra unión, nuestra felicidad.

RAQUEL.. El ser yo judía no es obstáculo, Ricardo. La poderosa ley del amor, impuesta al universo por el Criador, es la misma en todo el mundo. Tu Dios y el mío es uno mismo.

RICARDO.. Los míos me maldecirán y el cielo lanzará sobre mí los rayos de su ira. Mi amor es una infidelidad indigna para mi Dios, para mi patria y para mi sangre.

RAQUEL.. El cielo lanzará sobre tí su ira, ¿por qué? Si el amor es una infidelidad, ¿no es el poderoso Alá quien ha infundido en nuestras almas esta pasión que hace agitar nuestro corazón con ímpetu y violencia? La maldición de los hombres nada nos debe importar; porque, ¿quién de ellos no ha intentado, como todo ser viviente construir su nido en lugar solitario, donde la voz humana no turbe la canción de sus amores? A ese lugar asisten, como ahora nosotros, a una misteriosa cita de amor. Por lo tanto, no pueden ni deben maldecirte. Hacerme cristiana, no. Temo irritar a mi querido padre y hacer traición al Dios de Israel.

RICARDO.. Entonces yo no seré tuyo, ni tú serás mía.

Se levanta.

RAQUEL.. Poniéndose de pie. ¿Es que alguna bella cristiana me disputa tu amor?.... ¡Una rival!.... ¡Tú me desdeñas!....

RICARDO.. No, Raquel, nunca. Los cristianos no sabemos engañar.

RAQUEL.. ¡Si tú no eres para mí, no lo serás para nadie; y si yo no soy para tí, tampoco seré para otro! Coje la empuñadura de la espada de Ricardo.

RICARDO.. Intentando separar la mano de Raquel y no lo consigue. ¡Qué intentas?.....

RAQUEL.. Que muramos los dos. Dame este acero, Ricardo. Tú ser de otra mujer, nunca; yo de otro hombre, jamás.

Ricardo consigue separar la mano de Raquel del puño de su espada.

RICARDO.. Yo abandonaré a Toledo. Huiré lejos, muy lejos.....

RAQUEL.. Interrumpiendo con asombro y disgusto. ¿Dónde, Ricardo?

RICARDO.. Más allá de los mares, Raquel. Allí me seguirá tu imagen adorada.

RAQUEL.. ¿Y yo, por qué no?

RICARDO.. Porque nuestras religiones nos separan para siempre, Raquel. Ellas se oponen a nuestras ardientes ternezas.

RAQUEL.. Aparte. ¡Corazón, qué lucha más cruel!.... A Ricardo. No destroces este corazón, Ricardo, que es tuyo. Señalando su pecho. ¿Verme privada de mis esperanzas más halagüeñas? Insistiendo en apoderarse de la espada de Ricardo. Dame esta espada si no quieres que coja un puñal que no está muy lejos de nosotros. ¿No voy a verte más? ¡De verdad! ¿Y por qué? ¿Puede saberse?

RICARDO.. ¿Para qué me quieres ver, si no me quieres?

RAQUEL.. Con pasión y cariño Eso, sí, eternamente, Ricardo.

RICARDO.. Si es cierto que me amas, no debes rehusar una petición que voy hacerte al punto. ¿Me la negarás, Raquel?

RAQUEL.. ¡Nunca!: concedida la tienes, Ricardo.

RICARDO.. Pues bien, sígueme. *Disponiéndose a marchar.*

RAQUEL.. *Con asombro.* ¿A dónde?

RICARDO.. A mi hogar y después a la iglesia a hacerte hija de ella, para que bendigan nuestra unión y unir para siempre nuestros corazones.

RAQUEL.. Es tan grande mi amor, que haré desaparecer el único obstáculo que se opone a nuestra dicha. Me haré cristiana. Ahora no te puedo seguir. Mañana todo lo tendré dispuesto y te complaceré.

RICARDO.. ¡Mil gracias, Raquel!

RAQUEL.. Tú eres mi única religión, y lo que tú quieras que yo crea..... éso creerá tu Raquel. Yo adoraré al Dios que tú adoras. ¡Ser tuya! ¡Llamarte mío!.... ¡Qué felicidad, Dios de Israel!

RICARDO.. La felicidad será de los dos, Raquel.

RAQUEL.. ¡Chist! ¡Calla! parece que he sentido el ruido de una puerta.

RICARDO.. El viento, sin duda, la habrá agitado. Tú no temas por nada. ¿Qué puerta crees haber oído?

RAQUEL.. La que dá entrada por el corralillo de los patos. Pero no; si algún peligro hubiera, Marta está en la reja de su cuarto y hubiera avisado. Espera un momento que voy a verla, no se haya dormido.

ICARDO.. Yo iré, gacela mía.

Entre el ramaje se ve, un momento, la cabeza de Leví.

AQUEL.. No: yo sé andar de noche por el jardín, sabré en seguida lo que haya sonado.

Coje el puñal que dejó en el arbolillo y sale deprisa por el frente. Ricardo se emboza en su manto, mira si su espada sale fácilmente de la vaina y espera recostado sobre el árbol.

ESCENA V

RICARDO, LEVÍ y después RAQUEL

RICARDO.. Sonriente Es tan astuta como todas las de su raza. Yo ningún ruido he sentido. Por fin conseguí mi propósito de hacerla cristiana.

Leví, viene hacia Ricardo, por la derecha, ocultándose para no ser visto por él, y avanzando con rapidez, le coje por el cuello y le dá con un puñal en el pecho: queda muerto.

Raquel vuelve al sitio con tal rapidez, que ve a Leví matar a Ricardo, y al llegar dá un grito de terror. Ella levanta su brazo para herir con su puñal a Leví, pero reconoce a su padre y suelta el puñal, cubriendo su rostro con el brazo izquierdo.

LEVÍ..... A Raquel, cogiéndola del brazo que cubre su rostro. El allanamiento de nuestro hogar, la profanación..... se castiga así..... Señalando al cadáver, y sale por donde apareció.

RAQUEL.. Fijándose en el cadáver y a media voz. ¡Dios mío, qué veo!.... ¡Mi cristiano!.... ¡Mi Ricardo!.... Mirando por donde se fué su padre. ¡Ahora a mí también la muerte, padre mío; de ninguna mano mejor que de la tuya podré recibirla!.... Se pone junto al cadáver de Ricardo y frente al espectador. Mirando al cielo. ¡¡Mi padre!!....

Cae en tierra de rodillas con las manos cubriendo el rostro, y queda su cabeza sobre el cuerpo de Ricardo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero.

a misma decoración que el acto anterior.
a acción por la tarde y en el mes de julio.

ESCENA PRIMERA

MARTA y ZORAIDA

ʌarta sentada en un banco rústico de la derecha, en primer érmino. Zoraida aparece, por la izquierda, después de levantado el telón.

ʌARTA... Ya viene; cuánto me alegra que la hayan dado el recado. Se levanta.

ZORAIDA. Marta, qué deseos tenía de que regresárais del cigarral. Ambas se abrazan con emoción y se besan.

ʌARTA... Yo también lo deseaba, Zoraida; tenía muchos deseos de hablar contigo. Ya viste, las dos tardes que has ido por allí, nada pudimos hablar.

ZORAIDA. La fatalidad de ir con el viejo Rubén, que siempre estaba de testigo o centinela de vista. ¡Cuánto siento que Raquel no haya mejorado!

MARTA... Nada ha adelantado; todos creíamos qu la aliviaría un tanto las aguas de aquell fuente que brota de entre las peñas, y ambiente de aquella mansión embalsama da por el olor del tomillo, cantueso y m jorana. Lo mismo que fué ha venid ¡Loca! *Mirando al cielo.* ¡Oh sagrado Profeta!

ZORAIDA. ¡Horror! ¿Ni conseguir que hable algo?

MARTA... Nada. Cuando hemos entrado, hace u rato, en su habitación, después de come lo primero que ha hecho ha sido asoma se al jardín; me ha mirado y se ha so reído. La he dicho: ¿te gusta esto más q el cigarral? No me contestó. Se echó y ha quedado dormida.

ZORAIDA. Vendrá cansada.

MARTA... Ha venido andando todo el camino y calor ha sido extremado. Hemos llega después del mediodía.

ZORAIDA. Al señor no le he visto.

MARTA... Ha ido, después de comer, a participar médico nuestro regreso.

ZORAIDA. Este es el momento oportuno, Marta, pa que me digas lo que pasó la noche d suceso. Nárramelo.

MARTA... He aquí cómo pasó: Nada extraño oí ni Yo estaba alerta en la reja de mi cuar divisaba a los amantes en la sombra de noche. Oí un débil grito de terror; por reconocí a Raquel. En seguida me supu lo que ocurría. Transcurrió un momen sin ver ni oir nada; no sabía si grit

o callar. Opté por el silencio. De pronto veo a un hombre que recoge a Raquel del suelo, y con la velocidad del rayo, atraviesa el jardín con ella en sus brazos. Al llegar a la escalera de los jazmines reconocí al que la trasportaba: era su padre. Para que él no sospechara, me despojé de los vestidos, y con sólo la enagua, me hice la encontradiza en el corredor. Su padre ya la había dejado sobre la cama en su cuarto, y a mí me dijo: "no te apartes de su lado, ha sufrido un desvanecimiento en el jardín, vuelvo presto,,. Al verme libre, en aquel momento, fué cuando corrí a decirte: "han matado al cristiano en el jardín, no sé quién, acecha lo que hacen de él desde el balcón de tu cuarto,,.

ZORAIDA. Así lo hice, todo lo ví.

MARTA... Toda la madrugada la pasó Raquel delirando, sin poder reposar ni un sólo instante. En su rostro se adivinaba un profundo pesar. De cuando en cuando no dejaba de decir: "Muerto mi Ricardo,,. "Mi padre,,. Me ahogaba el sentimiento. Por su frente corrían gruesas y abundantes gotas de sudor: su cuerpo temblaba. Yo me contenía el llanto por si venía el señor, el cual tardó bastante en presentarse. ¡Qué miradas tan dolorosas! Nos miraba con expresión de angustia. Sus ojos, llenos de lágrimas y extraviados, los fijaba en su padre, y éste volvía la cabeza para evitar,

tal vez, la herida que hacían en su corazón.

ZORAIDA. ¡Pobre Raquel!

MARTA... Enjugando sus lágrimas. No quiero acordarme, Zoraida. ¿Qué observaste? Se sienta en el banco.

ZORAIDA. Desde mi habitación ví dos hombres por el jardín. No pude reconocerlos al punto; llevaban vestuario árabe. Los dos levantaron al cadáver y lo trasportaban con presura por el jardín. ¡Fantástica era la marcha de los dos árabes conduciendo el cadáver e iluminados por la moribunda luz de la noche! ¿Dónde le llevarán, Dios mío? exclamé. Al dar la vuelta por el cenador, comprendí que iban con dirección a la calle, y descalza, como estaba, me fuí al ajimez de la azotea que dá a la plazueleta, desde donde ví que le dejaban en la esquina del cobertizo. Una vez puesto en el suelo, le volvieron a coger y le metieron dentro del cobertizo. Uno de ellos desenvainó su alfanje, y levantándole en alto, rompió la candileja que alumbraba a aquel recinto. La luz agonizante y trémula de ella se apagó.

MARTA... ¿Por dónde se marcharon?

ZORAIDA. Tornaron aquí, y con mucho sigilo cerraron la puerta. Se subieron por la escalera de los jazmines. Al ver que subían a la casa, yo, rápida, fuí al corredor del patio y me puse frente a la terminación de la escalera, detrás de una columna, y con el

auxilio de los dudosos rayos de la luz del farolillo de la escalera, reconocí al padre de Raquel y al viejo Rubén.

[M]ARTA... Con voz baja. El disfraz preparado, todo dispuesto; ahora comprendo el alcance de aquellas palabras: "tenemos que hablar despacio para tomar medidas precisas.,, Hace afirmaciones con la cabeza.

[Z]ORAIDA. Se metieron en el dormitorio del señor. Permanecí observando largo tiempo, y cuando me disponía a retirarme, por haberse apagado la luz de la habitación, ví que salía uno, no le pude reconocer, y pasó a la habitación de Raquel; el otro no salió.

[M]ARTA... El que entró en la habitación de Raquel fué su padre, estaba yo allí. El viejo Rubén; no cabe duda, pasó allí la noche.

[Z]ORAIDA. Me retiré a mi cuarto; no dormí, Marta. El hecho y Raquel me tuvieron toda la noche desvelada. ¡Dios mío!, ¿qué ocurrirá mañana? ¿Cómo no habrá podido Marta remediarlo? me preguntaba.

[M]ARTA... Bien a pesar mío no pude remediarlo. ¿No viste ni oiste más?

[Z]ORAIDA. No; no oía más que el cántico del ruiseñor y murmullo de las copas de estos árboles que mecía el viento. La noche era apacible y misteriosa.

MARTA... Levantándose. ¡Silencio! Me parece sentir pasos.

[Z]ORAIDA. Mirando. Efectivamente, Marta; el señor se

acerca aquí..... Ahí le tenemos..... Héle aquí.

ESCENA II

MARTA, ZORAIDA y LEVÍ

Leví aparece por el centro. Ellas le hacen una reverencia con la cabeza.

LEVÍ..... Acercándose a ellas. Al regresar de avistarme con el médico os he visto desde el balcón de mi habitación. Creí que *una tercera* estaría con vosotras, y por eso he venido. ¿Qué hacéis aquí? ¿Dónde está Raquel?

MARTA... Estábamos tomando el aire perfumado del jardín..... aprovechando un momento de descanso de Raquel. Se ha quedado dormida después de comer.

ZORAIDA. Ya nos disponíamos a marchar cuando llegásteis.

LEVÍ..... Durmiendo, decís; menos mal. El paseo ha producido su efecto. Marchad y no dejéis sola un momento a mi hija. Si sale de su cuarto, vosotras siempre a su lado. Por esta parte del jardín que no venga, y si hace resistencia, me llamáis. Aparte y con voz baja Temo verla.

MARTA y ZORAIDA. Muy bien, señor. Hacen una reverencia con la cabeza y salen por la izquierda.

ESCENA III

LEVÍ

LEVÍ..... Con gesto y acento de pesadumbre. La causa de la desgracia de mi hija, el cristiano. No me pesa el haberle dado muerte. Mi hija mejorará, tengo esperanzas, según me dice el médico. Jehová lo quiera también. La trasladaré a mi país y allí se restablecerá. Yo no puedo verla padecer más. La tristeza y la melancolía se han apoderado de su corazón. A veces sus ojos, fijos, inmóviles, sin expresión, sin vida aparente, parecen no mirar nada. Es horrible el verla así. Su mirada me aterra..... De día en día he visto apagarse la belleza de sus ojos..... ¡Hija mía! ¡Raquel! Este dulce nombre que antes formaba todo mi encanto, ahora..... ¡Morir tú! ¡Morir!.... Eso es terrible, Raquel mía; sólo al pensarlo tiemblo de horror..... Este sol, este aire, estos árboles, estos pájaros son los que te han criado fresca y lozana como la flor de la mañana..... Mi mano te ha arrebatado la felicidad que en la tierra te prometía el amor, y a mí me ha conducido a la desesperación; no quiero hablar de ésto, no quiero agravar la herida que emponzoña mi alma. Si la pierdo nada me quedará en la tierra

sino dolor y desconsuelo..... Murió tu madre, pero me quedabas tú para embellecer mis días y ser el consuelo de mi vejez; y ahora..... Perdona, hija mía, perdona que te haya sacrificado a mi ofensa y a mi furor. ¡Qué horror encierra para el corazón de un padre la palabra *muerte,* cuando se trata de su hija única! Llora. La vida es un gemido interminable, cuando se lleva, como yo, un infierno en el corazón. Con sorpresa. Siento pasos. Volviendo la cabeza. Sí, es Rubén.

ESCENA IV

LEVÍ y RUBÉN

RUBÉN . . . Entrando por la izquierda y acercándose a Leví. La esclava me ha dicho que estabas aquí.

LEVÍ. . . . . Con la vista baja siempre. ¿Qué noticias me traes?

RUBÉN . . . Que el *walí* no quiere que te ausentes hasta que transcurra una semana, por lo menos; que le son tus servicios muy necesarios. Me preguntó por el estado de tu hija; le manifesté cómo se encontraba y lo ha deplorado mucho. "Alá la alivie„ me dijo.

LEVÍ. . . . . Pero, nada le habrás dicho del *cristiano.*

RUBÉN . . . No; ni se lo diré. En la población se creen que su muerte fué por desafío. Sigue la indignación, sin descubrir la verdad. El

hecho no se ha dejado de comentar a pesar de haber transcurrido dos meses.

LEVÍ..... Dos meses, es verdad..... esta noche..... No quiero recordarlo. Dos meses de sufrimiento mi Raquel. Me horroriza el que mi hija me mire, Rubén.

RUBÉN... ¿Qué hace?

LEVÍ..... Nada hace ni nada dice. A veces pasea su pequeña estancia con pasos desatinados y murmurando palabras que apenas se la entienden. Fija su mirada en mí y no la separa un momento. Adivino todo lo que me quiere decir..... Esa mirada me mata..... Me dice mucho..... Aún no me ha hablado.

RUBÉN... Hace pocos días, en el cigarral, pregunté a la nodriza y a la esclava si sospechaban algo sobre el estado de Raquel, y me dijeron que no. De sus delirios, nada comprenden. Unicamente me dijeron las dos, con extrañeza: "qué manía tiene con el *cristiano*,,. Ni saben a qué cristiano se refiere ni adivinan la causa de nombrarle. Las dije que lo mismo la podía haber dado por decir el *judío*.

LEVÍ..... Yo también he procurado indagar en ellas si algo sabían; pero todo lo ignoran. Estoy persuadido de que nada saben ni han visto. Raquel bajaba aquí sin saberlo nadie; en eso hacía bien, como buena hija de Israel: es valiente. Yo las he dicho que cualquier palabra que digan de lo que mi hija hace o hable, será lo bastante para

que sean inmoladas a Jehová en una hoguera.

RUBÉN... Se lo he preguntado porque, si se supiera, era posible que contigo se cometiera alguna traición.

LEVÍ..... Vivo prevenido y tengo, como sabes, buenos servidores. Los pago a buen precio y espían todo cuanto les ordeno. Ya he previsto eso y he reforzado mi vigilancia sin decir por qué.

RUBÉN... El estado de Raquel impone la necesidad de alejarla de aquí cuanto antes.

LEVÍ..... Me voy a retirar, Rubén; el médico está al llegar y quiero darle conocimiento de la determinación del *walí*, con el cual pienso conferenciar al atardecer y presentarle la conveniencia de ausentarme con Raquel lo antes posible. El médico es de esa opinión. Volveré en seguida; yo no puede faltar de aquí por el estado de mi hija.

RUBÉN... Si no me mandas alguna cosa, yo me retiro también.

LEVÍ..... Sí, te necesito por lo que pudiera ocurrir. Si tienes que solventar algún asunto, le solventas hasta la hora de ir yo a palacio, pues quiero que te quedes aquí por si Raquel baja y se empeña en estar por esta parte del jardín, y la nodriza y su esclava no pudieran impedirlo. Te ocultas mirando por uno y otro lado del jardín por donde mejor te plazca, procurando siempre no ser visto y no

perderlas de vista para, caso necesario, poder evitar la excitación de mi hija al ser contrariada.

RUBÉN... Puedes estar tranquilo que serás complacido según tus deseos. A la hora que dices no faltaré aquí.

LEVÍ..... Gracias, Rubén.

RUBÉN... Si os marcháis a Granada, es necesario, Leví, buscar un amante para tu hija; pues esto tal vez la hiciera recobrar la razón. Se ponen en disposición de salir.

LEVÍ. ... Todo se pondrá en práctica, Rubén. Salen hablando por lo bajo, por la derecha.

ESCENA V

ZORAIDA

ZORAIDA . Llega por el frente. Tampoco aquí. ¿Dónde estará Raquel y Marta? Por la casa tampoco las encuentro. Fijándose en los personajes anteriores. ¡Calla!, su padre y el viejo. Nos ha prohibido el padre que nada digamos de lo que oigamos y veamos en su hija, sopena de ser echadas vivas a la hoguera. ¡Ah, criminal, mal judío! Vas a pagar caro tu crimen. No te han de valer ahora ni el *walí*, ni tus grandes riquezas, ni tu gran astucia..... Se acomete y se lucha cara a cara, eso es de valientes; pero a traición..... es de cobardes. Yo le aseguro que como su hija muera no va él a expiar su delito

en el infierno, no; le va a expiar bien aquí. Ya le remuerde la conciencia. Yo le he observado su desesperación y oído sus sollozos, por el ojo de la cerradura, estando solo en su habitación, un día que vino del cigarral a conferenciar con el médico. Decía: "Sí, yo le maté, fué blando para morir, tan valiente como dicen que era. Le clavé el puñal, y aún no estaba bien hundido en su pecho cuando cayó en tierra: si hoy tuviera que hacerlo me cortaría esta mano. ¿Para qué quiero vivir sin los halagos de mi Raquel? Su porvenir le he cubierto de luto..... ¡Si sucumbe, yo me claveré mi puñal; juntos hemos de ir a la tumba!,, Yo le prometo que he de dar conocimiento del crimen que ha cometido, el cual pide venganza. ¡Pobre Ricardo! Yo le vengaré. Él ha de morir entre las llamas de este caserón, porque será incendiado por las turbas cristianas y no ha de quedar piedra sobre piedra. Todo lo malo que ha hecho lo ha de pagar. *Volviendo la cabeza.* Silencio, corazón, que se acerca Marta. *Marta llega por la izquierda.*

ESCENA VI

ZORAIDA y MARTA

ZORAIDA. Os he buscado por la casa y no os he encontrado.

IARTA... Estaba con Raquel en la azotea; desde allí te he visto. Ya estoy cansada de hablarla, pues no consigo que me conteste ni que me escuche. Siempre meláncolica.

ORAIDA. Marta, al llegar aquí ví al señor y al viejo, que marchaban por ahí; deben de haber conferenciado.

IARTA... Sólo Jehová sabrá lo que han conversado. Los he visto hablando con el jardinero, que está en la puerta del patio.

ORAIDA. ¿Y Raquel?

IARTA... En su cuarto la he dejado sentada y echada de bruces sobre su cama: así estará hasta que vayamos. Me vengo aquí un rato a aspirar este aire fresco y puro. En el rato que hemos permanecido en su cuarto no ha dejado de ir y venir; de la puerta al ventanal, y del ventanal a la puerta, cada vez más intranquila. Cuando se persuadía que la puerta estaba cerrada, hería el suelo con su pie fuertemente; cerraba las manos y se le notaba una fuerte presión en ellas, poniéndose impaciente y colérica.

ZORAIDA Habértela traído aquí.

IARTA... Si lo he intentado. Cuando la he señalado que veníamos aquí, es cuando se ha sentado. Sonrió, y encogió los hombros.

ZORAIDA. Cosa extraña. Debe padecer mucho, a juzgar por su pálido semblante.

MARTA... No, ella no padece, los que padecen

somos nosotros que la vemos. Ella no sabe lo que hace, ni si está en el mundo.

ZORAIDA. Todo su afán era antes bajar al jardín.

MARTA... Pues hoy no quiere. Tal vez la estancia en el cigarral la habrá disipado esa idea.

ZORAIDA. Como asaltándola un nuevo pensamiento. ¿Has cerrado bien la puerta?

MARTA... Mostrándola la llave. Sí, mira la llave. Yo siento bajarla por si se pone peor; bien sabes que antes se ponía convulsa.

ZORAIDA. ¡Qué manía la dió con que su amante estaba en el fondo de ese pozo. Señalando.

MARTA... La dió esa manía, como si la hubiera dado por otra. Esta noche hace dos meses que ocurrió el hecho aquí. Señalando.

ZORAIDA. ¡Qué horror, Dios mío! Desde aquel momento perdió la razón la señora.

MARTA... Desde aquel momento, Zoraida. Desde entonces todo es tristeza en esta casa. ¡Qué soledad!....

ZORAIDA. Soledad por soledad, era preferible la del cigarral, florida y perfumada. La vista se extendía sobre inmensos terrenos que están cubiertos de arena, lirios y romeros, y plantados de olivos, albaricoqueros y almendros. Yo presumo que su padre también terminará loco.

MARTA... No digas eso; pues si ocurriera, ¿para qué queremos vivir así?

ZORAIDA. Él no se pondrá, pero desde entonces no alza los ojos del suelo. No me ha mirado una sola vez de frente.

ARTA... Ni a mí tampoco.
DRAIDA. El arrepentimiento le quita la vida.
ARTA... El remordimiento, y no el arrepentimiento. La muerte del cristiano no le preocupa a él; lo que le preocupa y le hará perder la vida es el estado de su hija. Ver él loca a su hija, lo que más quiere en el mundo; eso es lo que le corroe el corazón. No creyó él, nunca, que le iba a producir el efecto que la ha causado la muerte del cristiano.
ORAIDA. Mucho más a su presencia. Si lo hubiera previsto, no le mata.
ARTA... Con seguridad que no. Tal es el odio que los tiene, que lo primero que vió y pensó fué matarle.
ORAIDA. Va a anochecer y debemos estar al lado de Raquel por si viene su padre.
ARTA... Sí, vámonos. Salen por la izquierda.

ESCENA VII

RAQUEL y después RUBÉN

aquel aparece por el centro, vestida de negro, acechando el no ser vista y con cautela.

AQUEL.. Me han dejado sola..... La puerta abierta..... Ya estoy aquí..... No te olvido, Ricardo. Tus palabras están grabadas aquí..... Señalando al pecho. Recuerdo tu juramento..... "amor te juro toda mi vida, rosa divina de

Jericó,,..... Todo es alegría para mí, m decías, cuando estoy a tu lado..... Toda las horas las pasaba pensando en mí..... Y era tu estrella..... Siempre mi imagen revo laba ante tus ojos..... Mi recuerdo te per seguía..... Mi amor te enloquecía y subyu gaba..... Si mirabas al cielo, cada estrell te recordaba mis ojos..... Si soñabas, er conmigo..... Despierto, Raquel era tu alma tu ser, tu universo, tu espíritu..... Seremo felices, sí, sí, ¡Raquel! ¡Raquel! me repe tías..... Yo te busco, cristiano mío..... Esta bas aquí y ya no estás..... No te encuen tro..... No te veo..... ¡Ah, ya sé dónd estás!.... *Acercándose al pozo.* ¡Ricardo mío, sal d ahí!.... *Se ve a Rubén que intenta acercarse a ella.* No te mas..... ¡Si algún hombre te acomete, y hundiré en su pecho mi puñal envene nado!....

RUBÉN . . . *Acercándose a ella y saliendo a escena por la izquierda.* ¡Ra quel, por Jehová, desecha esas ideas qu finge tu imaginación turbada!....

RAQUEL . . *Con asombro y mirándole fijamente con demencia.* ¡Tú aquí!.. ¡Eres tú el que impides que Ricardo salg de su escondrijo?.... ¡Es a tí al que teme?.. ¡Tú traidor a nosotros?....

RUBÉN . . . ¡No tal, Raquel, no! Yo siempre leal nuestra secta.

RAQUEL . . *Se echa mano a la cintura, como para sacar su puñal, y muestra di gusto al comprender que no le tiene, y fijándose en el que Rub lleva pendiente de su cinturón, se precipita sobre él y se le qui desenvainado.*

UBÉN . . . ¡Qué vas hacer, infeliz! Intenta quitarla el puñal.

ÀQUEL . . ¡Dar al traidor lo que se merece! ¡Toma!.... Le dá con el puñal en el pecho.

UBÉN . . . ¡Ay!!... me has muerto. Va a morir junto al árbol corpulento, en el mismo sitio que murió Ricardo.

AQUEL . . A Rubén. Al que profana este sitio, que es mío, acecha, sorprende..... y es infame traidor, su recompensa..... es la muerte. Dirigiéndose al pozo. Ya está libre mi Ricardo..... Sal, yo te lo mando..... ¡Qué hermoso está!.... No tengas ningún reparo..... El que te acechaba ya no existe..... No me contesta!.... Yo quiero estar donde estés tú..... ¡Yo siempre contigo, amado mío! Se arroja al pozo.

Dos gritos distintos se oyen por la izquierda del jardín, y dos voces que dicen: ¡"Raquel,,! ¡"Ráquel,,!

ESCENA VIII

MARTA y ZORAIDA

Se les ve venir apresuradas, por la izquierda, en busca de Raquel y se acercan al pozo.

MARTA . . . ¡Raquel!....

ZORAIDA . ¡Ráquel!....

MARTA . . . ¡Qué lástima, sagrado Profeta!.... ¡Pobre Raquel mía!....

ZORAIDA . ¡Qué desgracia!.... De rodillas mirando al cielo.

MARTA . . . Marcha, corre a dar conocimiento a su padre, que acaba de venir, y a los sirvien-

tes. ¡Que vengan a ver si aún se la puede salvar y extraerla del pozo!

Zoraida se levanta y corre a participar la noticia, por la derecha

MARTA... ¿Cómo habrá abierto la puerta? ¡No me lo explico, Dios de Israel!.... Mirando al pozo. ¡No la veo!.... ¡Ya está en el fondo!....

ESCENA IX

MARTA, ZORAIDA, LEVÍ, JOSÉ, ISMAEL y criados de la servidumbre.

Leví y José, por el centro; Zoraida, Ismael y la servidumbre, por la derecha. Ismael con una cuerda en la mano. Todos, conforme van llegando, miran al fondo del pozo. Los criados hacen preparativos para bajar uno de ellos, atado, al fondo del pozo. Marta y Zoraida lloran hasta que cae el telón.

LEVÍ..... Dando una fuerte pisada en el pavimento. ¡Voto a mil demonios!.... ¡Qué descuido habéis tenido!....

Llora desesperado y pasea la escena agitadísimo, de derecha a izquierda, comprimiendo con ambas manos su cabeza.

MARTA... ¡Señor, si la dejé en su cuarto cerrado con llave; ¿cómo se explica?

LEVÍ..... ¡Hija de mi corazón!....

ZORAIDA . Muy fácil: no juntaste bien la puerta, y al dar vuelta a la llave, el pestillo no entró en su sitio y quedó franca. ¡Pensaste cerrar y no fué así!.... ¡Pobre Raquel!....

LEVÍ..... ¡Raquel de mi alma!.... ¡Qué horror, Dios de Israel!.... ¡Qué horror!....

MARTA... Fué un momento, señor; verla, sospechar

su pensamiento, corrimos hacia ella y no se pudo evitar.

EVÍ..... ¡Pobre hija mía, estaría dispuesto!.... ¡Todo mi encanto, toda mi dicha, todo mi amor sepultado en este pozo maldito!.... ¡Jehová, permita que tus aguas se vuelvan amargas..... **¡¡Pozo Amargo!!**

Mientras baja el telón, rápidamente, Leví dá unos pasos a primer término, con su puñal en la mano, y al ver el cadáver de Rubén queda asombrado.

FIN DE LA OBRA

Precio: 2 pesetas.

Los pedidos, acompañados de su importe, a casa del a

Alfileritos, 7.-Toledo.